

NUEVE NOVELAS DE UNA PAGINA

Por Ricardo GARIBAY



I

L A T A R D E

Sobre la calma irisada del lago nadan los cisnes.

Los amantes se miran, reclinados en una roca de la margen.

Los cedros y el cobreinvierno allá... Y en el aire morado el vuelo de una garza, lento.

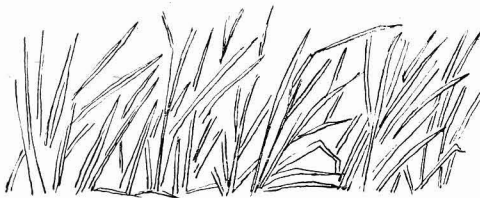
Sobre las nubes hondas pasan los cisnes.

Los amantes abandonan la roca y echan a andar por el sendero.

Desde las ramas más altas sueltan los árboles una lluvia amarilla, una lluvia que refulge y que aletea.

Ellos van, cogidos de las manos, balanceándose. Sus siluetas se alejan como si se hundieran entre la siseante lluvia. A sus espaldas descende y murmura y brilla el juego de las hojas y la última luz, como gerundio interminable.

Alguien desde la ciudad enciende los faroles, y los amantes, allá lejos, corren hacia la oscuridad del recodo.



II

P A I S A J E

Un rebaño de ovejas pace sobre los campos amarillos.

El pastor, perdido entre la hierba. Unas brasas por ahí, un hilo de humo.

Al fondo las montañas de ondulaciones grises, y más al fondo el cielo deslavado.

Junto a los ojos, pequeños matorrales y el arranque de un ancho arroyo que se aleja.

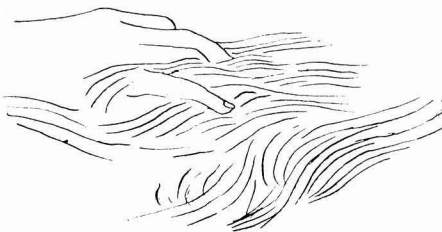
Es el fin de la tarde.

Los campos parecen uno solo, terso, compacto. Pero el agua, que corre adelgazándose hasta las primeras colinas, hace dos porciones, y forma, a la derecha y a la izquierda, espejos pantanosos. Y el herbazal se eriza de cuando en cuando con el aire.

¿Y el sol? Ya no sabemos si cae esta luz de miel o la llanura la engendra. Detrás de un filo cerrero suben nubes de algodón.

Tiembla la lejanía, duerme el humo, suena el silencio.

La claridad enrojece. Entre el rebaño balan las crías.



III

P A S E O

—Te llevaré a ver el árbol color-de-rosa.

Alda camina entre el oleaje de su vestido verde.

Sus brazos morenos, su pecho moreno, su rostro moreno: todo lo que lleva desnudo y abierto y húmedo por el golpe de la brisa...

—Su tronco endeble parece de tabaco.

Alda, de claros ojos negros, de frente suave; Alda, de andar aldeano, camina con pasos grandes, con pasos mecedores, la vista en el camino.

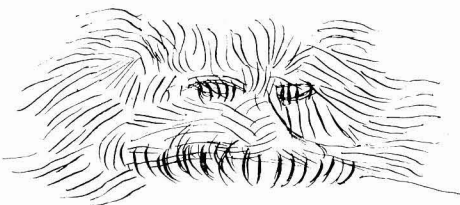
Sus cabellos, atados bajo la nuca con un lazo, se desparraman revueltos en la espalda.

—Cuando están secos los otros, mi árbol! florece como si fuera durazno. (Alda levanta una sonrisa humilde — y abre los labios, y el silbo pasa entre sus dientes.)

—Me gusta caminar y luego sentarme lejos y verlo desde lejos.

Su mano tropieza en el vaivén con mi mano; la aprieto apenas, la abandona.

La tersa oscuridad de su mano abandonada.



IV

VIAJE Y ENCUENTRO

Sus ojos lo buscan abriendo un hilo de espacio entre las espaldas de los hombres,

Los hombres suben, bajan, pasan hasta los asientos posteriores, se paran al filo de la puerta.

Los hombres fuman y escupen.

Sus ojos candentes, de aceitoso brillo tenaz: el regalo imprevisto del fin de un día cualquiera.

Un foco tierno alumbra las frentes de los más altos. Un racimo apretado de cabezas lustrosas se sacude en cada esquina.

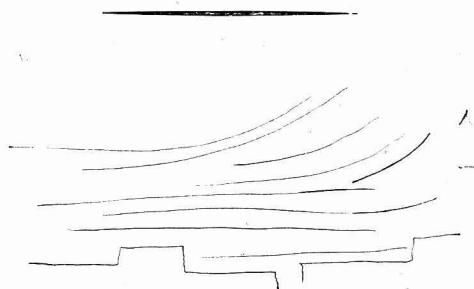
—Con permiso, con permiso.

Ella viene hacia el fondo. Se abre paso descomponiendo su figura, fijos los ojos en el ensueño.

Alguien apaga el foco. El camión va cruzando las bocacalles con estrépito de láminas desclavadas. De los asientos sube el rumor del cuchicheo. Revierta en la apretura una risa de beodo.

Las tinieblas, y el filo acuoso de un fulgor en las tinieblas.

No, no la conoce. Ella se acerca, se junta. Con velada seriedad lo envuelven sus miradas tensas. Y la toca, y una saliva gozosa le sube a la garganta.



V

AFUERA PASA EL TIEMPO

Desde el vano de la puerta parece que la estancia está vacía.

El frío de noviembre se cuela por las rendijas y busca y muerde la cama de latón y el impúdico espejo y la caoba.

La estancia es breve, de *cielorrasso* nublado y lámpara de varillas de cristal. En los estrechos pasillos que dejan los muebles, las alfombras raídas, impecables...

El padre de barba ruda viene y va sin término.

Súbitos vestidos negros ambulan por las piezas de la casa.

El piano silencioso, el *Carnaval* de Schumann, los pasos del reloj.

La madre llora inmóvil.

Alguien habla en voz alta.

Desde el vano de la puerta la estancia está vacía, y en medio de la estancia, sobre el colchón desnudo, envuelto apenas, delgadísimo, no como si estuviera durmiendo, está el amigo y están sus manos de oro, macilentas.

Hacia la aurora pasan los gallos, y un frío azul se arrastra, calle arriba.



VI

DESAYUNO Y PELEA

Las discusiones tiraron de la cuerda cada vez más delgada. Las voces se erizaron. Los gestos se agriaron. Los contertulios vecinos ensayaron miradas de inquietud.

Irguió el cuerpo súbitamente, y con las manos, que habían quedado abajo, tensas, levantó la mesa por la orilla con ciego impulso.

Entre un estrépito múltiple los platos, las tazas, las cucharas, los trozos de mantequilla, el café, las anaranjadas servilletas, la leche humeante de las jarras, saltaron rebotando sobre sus amigos comensales.

Un inesperado movimiento de repulsa y de huida se enderezó a su alrededor.

El enemigo estaba enfrente; ocupaba con sus ojos, su nariz y su ávido belfo todo el espacio; su puño viajaba veloz (y una atronadora gritería se contorsionaba en las orejas del mundo).

Iba a embestir: sus brazos ya se alzaban, subía afilado el reto hasta su boca... pero un sonido sordo le tapó la boca.

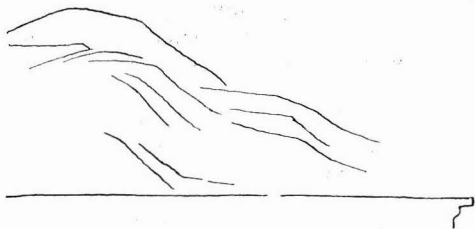
Iba a pensar: "labios". Sintió que viajaba: vió pasar la mañana abigarrada y fugaz del desayuno y los lejanos cristales amarillos del techo y una barba extranjera y una voz distante como si él viajara hacia el polo sur de una circunferencia. Oyó que a un hombre de otros días le golpeaban la sien, oyó el golpe contra la sien horrorizada; vió los poros anchos, enormes, de una laja del piso.

Iba a decir una injuria, pero una afluencia caliente le inundó la injuria.

"Sangre" — pensó.

Iba a pensar: "pobrecito de mí", iba a pensar: "desamparado", pero ya mil hormigas soñolientas lo arrastraban hacia el fondo de un pozo.

La lengua de un ser desconocido jugó un momento, en la boca de un ser lejano, irritante, con unos pequeños cuerpos duros que andaban de acá para allá, jugando con una lengua anegada.



VII

V Á C A C I O N E S

Reverbera el alto cielo sobre colinas sin fin, sobre supuestos valles, sobre ca-

ñadas hondas, sobre caminos que culebrean de cima a cima.

Breves, lejanas polvaredas.

Por aquí, seguramente al pie de peñas legamosas, pájaras aguas; por allá vapores indecisos y dos nubes humildes, un humo cerrero y un vuelo de gavián.

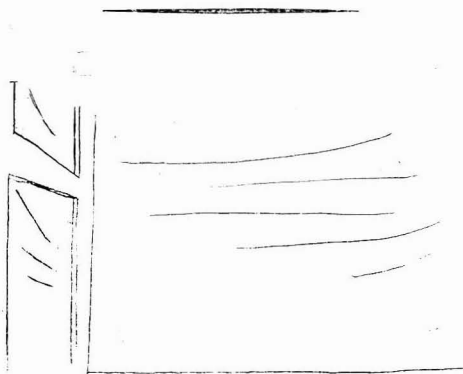
La hora es ancha, neblinosa de luz.

Desde el descanso miro la población de la mañana: entre columpios el verano se desvanece: cerca del mar todo es la lejanía; pero al alcance de mis manos la sierra sube y baja, se empina, se despeña, se agarra a los feroces árboles; las que a lo lejos son líneas aquí son crispaturas, pendientes hoscas, y el azul inocente no es azul.

Alejandro el plomero grita desde el estanque vacío, y su voz rebota y asciende cargada de azulejos. Rubén el del jardín afloja la tierra de los geranios.

Alguien me pregunta *si algo desea el señor*; inicio un ademán; y a poco una sombra se mueve junto a mí, desciende un vaso, golpea el pequeño cubo de hie'lo contra el cristal remoto... Una extranjera baja por la ondulante escalera.

Y ven mis ojos veraneros, rebaños mínimos, el marco de la terraza, la casería que sube a pleno sol, un tallo que se dobla y una hoja enorme sobre milímetros lejanos, luminosos.



VIII

LEJOS, LOS CAMPOS

Mientras el cielo pugna contra la gasa de las cortinas, los campos se doran bajo la última luz.

El enrejado cielo de la ventana, los vidrios, un perfil de rama callejera. Por los campos corre el viento: en el pinar oscilan los pinos.

Esta penumbra de alambres y fachadas es el sol de colinas remotas. El ladrillo esporádico es horizonte de perros, invisible. El siseo del asfalto, soledad sonora. Y frío campestre la sed y el encierro.

Un pájaro extraviado cruza mi crepúsculo de tocador. Una parvada llega hasta el nogal, se hunde en el nogal y canta; un viento fuerte agita la oscura fronda.

Enciendo mi lámpara: las ventanas inútiles, súbitamente miopes. Las pequeñas ventanas eran el cielo azul, la distancia, el geranio. Y ahora, junto a ellas, han surgido el papel tapiz y las altas paredes, la fuente y la barda de un convento y el marco, los libros, los sillones.

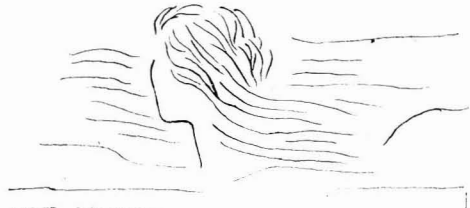
Muertas las ventanas, bajo el foco amarillo emergen las duelas carcomidas.

Allá lejos parpadea de pronto una luz, y otra luz, y alguna más, hundidas en la vasta espesura susurrante. El cielo se apaga paulatino y surcado por aires veloces. No amarillean — aquí, a media calle, amarillean — unísonas, ostentosas ventanas: se desgrana lo alto y ruedan las estrellas, hienden la espesa noche, y abajo brilla lejano algún refugio. (Empieza a ver el caminante — rezagado y presuroso caminante —, o el guardabosques, o el arriero nocturno, en plena noche; va escuchando grillos innumerables, y hace huecas sus manos y persigue, con el cigarro inepto, una fama fugacísima.)

Eléctricos fulgores, bostezos, vahos calientes. Bajo la luna ondea la piel brillante del alfalfar, se alza y se dobla, se mece, el follaje de un álamo tierno.

Aquí yo, tras de mi torpe mano. Allá los caminos que se hunden en las cerrerías, el polvo que ya no se ve, el agua que lame la neblina.

Contra el cristal de la puerta, un contorno ceñudo: me espanto, apago la lámpara y aspiro un aire ruin y palpo el encerrado sopor —lejos, los campos— y mis miradas ciegas.



IX

V I S I O N

La vi de pronto, y dije en alta voz: "Es la mujer más hermosa de la mañana". Y luego la veía, la buscaba, cazaba los instantes de su rostro casi transparente.

Busqué sus ojos grises: viajeros ojos, hondos cuando se detenían en mis ojos; sus ojos frente a mí lejanos, llenos de aguas extranjeras.

Contra su frente navegaban los barcos, y una intimidad y penumbra navegaban.

Tuvo, a veces, el alma de la llovizna en los cabellos, y su nariz anhelaba la humedad invisible. Era entonces como un parque solitario, como el aire del pastizal. Hacia su cuello soplaban los pinos de mis mejores años.

A las diez y veinte de la mañana, por encima del hombro de su amigo me miraba y se puso a sonar una sonrisa. Definitiva gracia. A las diez y veintuno, cuando volvió la cabeza, me visitó el pecado: algo se asomaba a la sonrisa, quizás una curiosidad recóndita.

Y ahora los ojos nuevamente: aburridos, ansiosos, fieles. Ahora me miraban retrocediendo hasta el mar, hasta la arena y el sol de otras mañanas.

Cuando se levantó cesaron las conversaciones; y ya en pleno viaje, entre meros recuerdos, refulgió su luz pajiza y apacible.